



La crítica a la neutralidad de la ciencia y el propósito social de las disciplinas del conocimiento.

Santiago Roca.

Si la neutralidad aparece, en primera instancia, fundamentada en principios epistemológicos y metodológicos de la práctica científica, es claro que también se relaciona con aspectos presentes en el medio sociocultural que le sirve de contexto en cada caso. Esta relación podemos analizarla en dos dimensiones. La primera la identificamos con el papel del contexto cultural en la valoración de los alcances y límites de la neutralidad científica; y la segunda podemos identificarla con la presencia de la neutralidad en las dinámicas sociales vinculadas con la generación y difusión de conocimientos. A partir de esta distinción elemental exploraremos el tema del propósito social que pueden tener las disciplinas del conocimiento desde una perspectiva objetivista-instrumental y desde una perspectiva crítica que intenta articular la generación de conocimientos con el reconocimiento de los contextos sociales en los que éstos se despliegan.

1. La neutralidad científica y los contextos socioculturales.

Una cuestión que requerimos abordar es cómo se comprende la neutralidad científica frente a la variedad de contextos históricos y culturales. En otras palabras, cómo se explica que exista una ciencia “neutra”, es decir, un campo de conocimientos libre de valores, tomando en cuenta la existencia de una pluralidad de experiencias culturales. La neutralidad axiológica, concebida como la exclusión de intereses y valores de la ciencia en el marco de su autocomprensión positivista (Habermas, 1971), contrasta radicalmente con la existencia de valores en diversos



contextos sociales y culturales que, antes que el conocimiento científico estricto, influyen en el devenir de los grupos humanos.

Precisamente, uno de los argumentos de quienes apoyan la pertinencia de la neutralidad científica es que reduce la variedad interpretativa de diferentes contextos culturales, eliminando creencias “infundadas” (pero también otras fuentes de conocimientos, como la experiencia práctica), en favor de un conocimiento nomológico y verificable empíricamente. Al superar los marcos de representaciones contingentes a la historia y la cultura de cada pueblo, la ciencia intenta crear un lenguaje “único” o, más bien, un lenguaje “común” que hace coherente entre sí los esfuerzos por hallar un conocimiento “certero” sobre la realidad. La ciencia recurre así a la utilización de un lenguaje especializado para formular axiomas que fijen el conocimiento y lo hagan comunicable. Esto lo realiza a través de principios metodológicos que le sirven para establecer los axiomas en un marco autoreferencial. Pero, en particular, requiere un “extrañamiento” de la realidad cotidiana y del lenguaje ordinario, eliminando lo contingente (como acciones, valores y referentes) y orientándose hacia la generalidad. En conclusión, el pensamiento científico se diferencia del lenguaje común y la diversidad de visiones del mundo posibles.

Ahora bien, la creencia en la neutralidad científica es coherente con un tipo de pensamiento que otorga mayor importancia al conocimiento verificable que a las interpretaciones del mundo particular de cada sistema cultural. Esto se encuentra representado, por ejemplo, por la valoración del “universalismo” plasmado en el denominado “*ethos*” de la ciencia (Merton, 1973: 355-368). Por ello podemos preguntarnos si la creencia en la neutralidad se encuentra arraigada en determinada comunidad. Es decir, la neutralidad científica como parte de un modo de pensamiento, ¿es patrimonio, por ejemplo, de las comunidades científicas del mundo



(aunque no se trate, obviamente, de una comunidad homogénea)? Y si es así, ¿cuál es la relación de éste con otros modos de pensamiento?

Por otro lado podemos preguntarnos también ¿cómo conciliar la neutralidad axiológica con la existencia de valores y fines en la acción humana? Parece que nos enfrentamos de nuevo a la brecha que atisbamos antes. Al dedicarse a la búsqueda de la “verdad” (para la ciencia: la correspondencia entre las preposiciones teóricas y su referentes empíricos) la ciencia se “libera” de valores, fines e intereses. Sin embargo, estas variables son propias de la manera de concebir y ejecutar la acción humana, ya que no es posible pensar en una forma de acción que no se encuentre orientada por la atención a fines, medios o valores; ni tampoco valores que existan de modo consistente desligados de la acción humana. Incluso, la propia creencia en la necesidad de la neutralidad es un “valor” que orienta el quehacer de los científicos. ¿Puede ser que esto contradiga la misma creencia en la neutralidad científica?

Redundar en este punto sería como insistir en que no existen valores propios de la práctica y de la organización social del quehacer científico. Al contrario, comúnmente se refiere a estos valores como parte del *ethos* de la ciencia. Pero también existen otro tipo de orientaciones que determinan qué se investiga, cómo, con qué, para qué y en beneficio de quién. Estas orientaciones son establecidas, en buena medida, por las condiciones en las que se encuentra y participa una comunidad científica determinada. Parece entonces que existen al menos dos vertientes de pensamiento sobre la neutralidad científica. Por una parte, la que se encuentra determinada por sus fundamentos ontológicos y epistemológicos; y por la otra, la que forma parte de los valores y representaciones de un grupo social de practicantes.

Así, la neutralidad científica, como principio epistemológico, aparece como



consecuencia de la necesidad de “depurar” la práctica científica de intereses y valores para hallar un conocimiento certero de valor universal. Pero al mismo tiempo pertenece, en cuanto creencia, a los valores de una comunidad científica dispersa y heterogénea que además se coaliga cercanamente con agentes económicos y gubernamentales. Esto encierra otro tipo de cuestiones. Por ejemplo, si la neutralidad es consistente con un tipo de pensamiento, ¿qué relación posee este tipo de pensamiento con la comprensión ética del mundo? Y otra pregunta, tan obligada como recurrente, ¿tiene relevancia un criterio de responsabilidad para la ciencia, o mejor, para los científicos?

La primera pregunta induce, al principio, una respuesta afirmativa sobre el papel de la ciencia en la comprensión ética del mundo. La neutralidad científica podría ayudarnos, quizá, a ver muchas cosas de una manera más “transparente” que a través del prisma de los valores culturales. Sin embargo, la mayoría de las cosas que comprende la ética atañe a los asuntos humanos, ante los cuales parece demasiado limitado utilizar la comprensión positivista de la ciencia, depurada de valores contingentes. Desde esa perspectiva, cualquier controversia debería resolverse de acuerdo con axiomas emanados de una inteligencia abstracta (pero en el fondo real como producto histórico), que llegaría a posarse sobre la variedad de interpretaciones de los sujetos culturales. Aunque puede discutirse, la Modernidad se fundó sobre principios semejantes, con consecuencias significativas en cuanto a la expansión de una razón instrumental, pero con efectos éticos y culturales que han dado mucho que discutir hasta el día de hoy.

La pregunta sobre la responsabilidad nos lleva a otro razonamiento. Ser “responsable” significa ser capaz de asumir las consecuencias de las propias acciones. Esto quiere decir tener conciencia sobre las posibles consecuencias de una acción que sólo ha sido proyectada, así como la capacidad de reconocerlas una



vez que ha sido ejecutada (véase por ejemplo la distinción que hace Weber entre la “ética de la responsabilidad” y la “ética de la convicción” en *El político y el científico*). Si la neutralidad científica se considera solamente como un principio epistemológico, podría excusársele de responsabilidad precisamente debido a que la neutralidad es autoreferencial: se encuentra basada en principios que le dan sentido dentro de su propio orden, y dichos principios no incluyen, hasta el momento, la “responsabilidad”. Pero si se considera la existencia de un pensamiento científico y de la vinculación de los científicos con el mundo “real”, entonces la respuesta parece diferente. Los científicos, al igual que cualquier persona, están obligados a considerar las consecuencias de sus acciones y a actuar conforme a ellas. Esta forma de rendir cuentas puede traducirse, por ejemplo, en la definición de objetivos, métodos, propósitos y resultados de la práctica científica institucionalizada.

La última cuestión nos lleva a preguntarnos si la ciencia y la práctica científica cumplen algún papel en la necesidad de asegurar un nivel mínimo de bienestar general (lo que hoy se denomina “mínimos morales”), e incluso lo que puede ser considerado como “bueno” y “deseable” por diferentes grupos sociales (los “máximos morales”), especialmente desde la perspectiva de un pluralismo que supere el relativismo moral. Si los científicos son ejecutantes de una práctica que debe ser de algún modo “responsable” y, por lo tanto, también activa en la búsqueda del bienestar, quizá pueda esperarse también que aporten en la formulación y materialización de proyectos comunes que busquen el bienestar en cualquiera de los dos sentidos antedichos.

Pero entonces, ¿qué aspectos se oponen a este razonamiento? ¿Por qué la práctica científica sigue considerándose – públicamente – como una actividad relativamente aislada, mientras la privatización de la ciencia y del conocimiento científico parecen ser las tendencias dominantes? (Lander, 2005). En este espacio



podemos referirnos solamente a un aspecto del problema, que a nuestro parecer resulta bastante significativo: la neutralidad de la ciencia se sostiene sobre el hecho de que las bases epistemológicas se imponen sobre las consideraciones morales. En otros términos, la ciencia construye un marco de interpretación sobre la realidad que se despoja a sí mismo del reconocimiento de las condiciones en que dicho marco surge y se condiciona. En cambio, sustituye ese reconocimiento por la creencia en la existencia autojustificada de axiomas abstractos que intentan ser el retrato intelectual de lo sustantivo de la realidad. En dichos principios epistemológicos está basado el “extrañamiento” de la realidad cotidiana, incluyendo los valores y fines de la acción humana.

De este modo, la ciencia, nacida en cuanto que medio para suspender las visiones parciales e inexactas sobre la realidad, convierte al objetivismo en un fin en sí. Con ello cumple la función contraria a la que se había impuesto inicialmente: en lugar de “liberar” al conocimiento de valores, se convierte en un velo que oculta la existencia de los mismos en la acción humana, cerrando el camino a la reflexión sobre los fines comunes y el papel de la ciencia para alcanzarlos.

2. La neutralidad científica y las políticas públicas.

Es claro que la promoción de la ciencia y la tecnología es considerada hoy día como una prioridad para los Estados occidentales y para aquellos que han tenido un intercambio significativo con la cultura occidental. Esto significa que la ciencia tiene que ver, al menos en un sentido muy simple, con la formulación de políticas públicas que puedan dar cuenta de las acciones de gobierno, en este caso, a partir de la gestión científica y tecnológica. Por lo tanto, la ciencia y la tecnología forman parte de las agendas de los gobiernos preocupados por dar visibilidad y transparencia a su gestión político-administrativa.



Por otra parte, la generación y circulación de conocimiento científico también se configura de formas que no pueden, de ningún modo, considerarse “libres” de valores. Por ejemplo, Oscar Varsavsky (2006) habla de los modos en que la generación y circulación de conocimiento científico se ha estructurado históricamente en América Latina, de manera que se conforman determinados “estilos” científicos y tecnológicos según sea la relación con los grandes agentes tecnológicos y la manera en que se formulan los proyectos nacionales.

Entonces ¿cómo conciliar la existencia de políticas públicas con la pretensión de neutralidad de la ciencia? Es curioso que no parece haber razones por las cuales un Estado se negaría a apoyar la investigación científica y tecnológica, sea porque respalda la “búsqueda de la verdad”, sea por los beneficios económicos y sociales que espera obtener de dicho respaldo. El apoyo a la ciencia resulta valioso precisamente porque la ciencia (considerada como esquema epistemológico y como práctica científica) *no* es neutra, sino que las preguntas que se hace y los resultados que obtiene adquieren vigencia en el medio de determinado contexto sociopolítico. Los principios contenidos en modelos como el de la “Economía del Conocimiento” (David y Foray: 2002) parecen estar de acuerdo con esta apreciación. En otras palabras, es posible que los problemas de la ciencia sean formulados a partir de los intereses de los agentes tecnológicos – entre ellos, los Estados y las empresas que aportan recursos – de manera tal que resulta difícil distinguir entre la ciencia “real” que adquiere visibilidad pública (política y económica) y la ciencia “ideal” que existe mayormente como parte de los principios de los investigadores. De este modo, podemos concluir que la ciencia se encuentra también relacionada con los intereses y las demandas que configuran las agendas públicas y los proyectos nacionales.

Lo anterior trae nuestro razonamiento por otro camino. Si consideramos que



es cierto (y verificable) que la ciencia es axiológicamente neutra (dejando parcialmente de lado que también es parte de las representaciones de la comunidad científica), entonces ¿de qué manera puede acompañar la realización de objetivos de interés colectivo, tales como la democratización de la sociedad y la eliminación de las desigualdades sociales? En otras palabras, ¿puede la ciencia contribuir a crear el tipo de ciudadano que se requiere para construir una sociedad democrática donde prevalezca el respeto al derecho y la equidad? Aunque muchos seguidores del *ethos* de la ciencia contestarían con un rotundo “sí”, la pregunta es compleja en muchos sentidos. Uno de ellos implica la necesidad – que no podemos abordar en este artículo – de definir a qué modelo de democracia nos estamos refiriendo.

Digamos, por el momento, que el deseo de construir democracias respetuosas de la libertad y garantes de la equidad, con participación ciudadana amplia y permanente, puede tener una relación ambivalente con la neutralidad científica. Por una parte, la ciencia puede complementar el sentido práctico y estratégico de grupos que se encuentran decididos a participar activamente en la vida pública de la comunidad en general. Sin embargo, por razones que ya hemos aludido, la neutralidad científica, convertida en parte de la cultura moderna, puede resultar un obstáculo para que se reconozca la pluralidad de sujetos que tienen derecho a participar en una sociedad multicultural, en tanto que se orienta a la eliminación de la variedad de interpretaciones a través de la conformación de la cultura moderna (Vessuri, 2001). Así, el conocimiento científico, además de convertirse muchas veces en privilegio de especialistas de la academia y de la industria, solapa las interpretaciones del mundo particulares. Incluso la neutralidad científica vuelve caduca la pregunta sobre el papel del conocimiento y de la ciencia en la vida política del colectivo.

No obstante, la ciencia continúa siendo parte de la agenda política de los



Estados en Occidente, fundamentalmente desde el piso que le proporciona la Modernidad (caracterizado, por ejemplo, por la voluntad de control y la racionalidad instrumental). Esto significa que, la mayor de las veces, las concepciones científicas y tecnológicas de los Estados responden a criterios establecidos, tales como el que pueda facilitar la posibilidad de operar sobre la realidad y el logro de la mayor eficacia de los procesos. De manera que esta sección puede terminar con el siguiente problema: si es posible cuestionar la neutralidad científica en tanto que principio epistemológico y como un valor de la práctica científica, ¿cómo se concibe a sí misma la gestión pública de ciencia y tecnología? ¿Según los patrones de la neutralidad o según el cuestionamiento crítico de la neutralidad? Y si apoya la neutralidad, ¿lo hace con consciencia de los alcances de la cultura científica moderna? Para conocer esto es necesario indagar sobre la posición de la comunidad científica sobre el problema de la neutralidad.

3. La “Gerencia Pública” desde la crítica a la “neutralidad” de la ciencia.

La gerencia, como disciplina específicamente orientada a la atención de los procesos administrativos de las empresas, deviene como parte de la manera en que se constituye el conocimiento y la práctica a partir de la Modernidad. Ésta, de acuerdo con Beriain, se constituye como un proceso de ruptura frente a la tradición, de modo que la sociedad que surge intenta asentar sus propias bases y encuentra referencia sólo en sí misma. La razón, como sustituto de la tradición y del sentido común, ordena los procesos sociales de acuerdo con criterios “objetivos” de validez empírica. Además ocurre una diferenciación social en subsistemas, orientados por disciplinas que, de acuerdo con su propia lógica, dividen a la sociedad en partes y excluyen a las demás (economía, sociología, administración, etc.).

De este modo, “la Modernidad se sustenta sobre una infraestructura



imaginaria, la expansión ilimitada del dominio racional que funge como racionalización de la 'voluntad de dominio'. Ésta penetra y tiende a informar la totalidad de la vida social” (Berriain, 1996: 12). La ciencia, definida como un conocimiento nomológico caracterizado por su cualidad explicativa y su capacidad de operar sobre la realidad, se constituye como el modo de conocimiento por excelencia, por lo cual son excluidas otras formas de comprender la realidad que escapen al modo científico (como la tradición y el sentido común). “Razón” y “dominación” parecen ser dos fuerzas que se alimentan entre sí y que se concentran en la voluntad de control del hombre sobre la naturaleza y el ser humano.

Los conceptos de eficacia, eficiencia y efectividad no son solamente criterios que permiten valorar la “utilidad” de una acción ejecutada “racionalmente”. También son variables para controlar las acciones y los agentes que participan en ellas. Lo que no atienda a estos criterios probablemente no es racional, y quizá no debería tomar parte en la acción. En este sentido, la razón instrumental es una extensión de la voluntad de dominio sobre la realidad, pero como tal, acaba por convertirse en un medio de control de la voluntad. Ahora bien, si la razón instrumental proviene de una voluntad de dominio, su mejor expresión se encuentra quizá en la adecuación de las acciones de acuerdo con criterios económicos. Es decir que, en el lenguaje actual, una acción se considerará “racional” en cuanto que el arreglo ordenado entre medios y fines conduzca a la maximización de la utilidad, por antonomasia, de la utilidad económica.

La razón instrumental, hoy día, tiene carácter propiamente economicista, y tal es el espíritu que inserta en dominios como la ciencia y la tecnología. Esta es la consecuencia de la “naturalización” de las relaciones sociales en un contexto en el que la utilidad económica guía los procesos de construcción del conocimiento. De este modo, si examinamos los criterios con los cuales se evalúan las tecnologías y



sus procesos de optimización, nos encontraremos en un contexto que encuentra razón de ser desde una contexto economicista. A su vez, la ciencia ha pasado de su papel originario como aporte a una “cosmovisión” de la humanidad (Habermas, 1971) a encontrarse a la zaga del modo de producción tecnológica actual.

En consecuencia, podríamos definir a la gerencia como una disciplina de control economicista sobre las variables organizacionales de la acción humana. Esta definición intenta recoger el proceso a través del cual llegó a ser lo que es: la racionalización de la voluntad de dominio sobre la realidad, a través de la exclusión de otros modos histórico-culturales de significación. A la vez, esta definición nos sirve de plataforma para preguntarnos adecuadamente sobre el fin (o más acertadamente, el propósito) de la gerencia pública en general.

Un elemento, entre otros, se nos escapa por el momento, y es la cuestión de que la relación entre las personas no se da en términos estrictamente racionales, sino a través de procesos psicosociales en los cuales la razón instrumental sirve como mediadora en algunas ocasiones, pero no siempre. Weber (1964) nos presta una buena ilustración de ello cuando habla de los tres modos típico-ideales de “dominación legítima”: el carismático, el tradicional y el legal-racional, y nos muestra que la relación política es preeminente a la relación racional. Parecería entonces que la cuestión de la relación entre las personas no puede limitarse al discurso sobre la racionalidad y quizá deba abordarse también desde un punto de vista político.

Para delimitar esto parece conveniente que nos refiramos a la cuestión del “poder”. En el contexto de este trabajo, nos referiremos solamente a la síntesis que propone Nuijten (2005) en la cual se define el poder como un sistema de relaciones sociales con tres dimensiones: el poder como juego estratégico (dinámica de las relaciones a través de la interacción), el poder institucional (la mediación de



elementos racionales) y el poder de dominación o estructural (relaciones estable y jerárquica). Así, el poder puede identificarse en la sociedad como dinámica, estructura y mediaciones de las relaciones de poder. El locus de las relaciones de poder es lo que se denomina un “campo de fuerza”, el cual involucra el acceso a los recursos.

Visto así, la razón instrumental opera al servicio de la voluntad de dominio de unos seres humanos sobre otros y sobre la naturaleza. Podemos decir entonces que la gerencia es una disciplina de control economicista sobre las variables organizacionales de la acción humana que, como forma de conocimiento, sirve como mediadora entre las relaciones de poder.

4. El conocimiento y el propósito de los procesos sociales.

La pregunta sobre el propósito de los procesos sociales y su relación con las disciplinas del conocimiento debe tener conciencia sobre esta relación. Continuando con nuestro caso de estudio, podemos preguntarnos cómo sería una disciplina de la gerencia si no atendiera a una forma de control economicista, y cómo sería si sirviera a otra forma de articular las relaciones sociales. En esta dirección es que abordaremos el problema de el propósito de los procesos sociales.

Antes podemos intentar esbozar cómo se presenta el propósito de la gerencia en el otro lado, el que contiene la preeminencia de la voluntad de dominio y de la razón instrumental. En este contexto, continúa la subordinación de los contextos socioculturales ajenos a la racionalidad de la Modernidad, la fragmentación sociocultural y el individualismo impregnan las directrices de la acción social, los intereses colectivos son excluidos del interés de la gerencia, etc. Se trata de un contexto en el que la racionalización de los procesos sociales sirve como expresión



de la voluntad de dominio en medio del utilitarismo economicista. Los efectos de estas perspectivas ya han sido criticado por pensadores como Heidegger y Marcuse. La razón instrumental sirve al economicismo para la mercantilización de las mediaciones sociales, del conocimiento, de los recursos naturales, del trabajo y hasta del lenguaje y el pensamiento.

Ahora retomemos el discurso sobre el peso de la razón instrumental en nuestro momento histórico actual. En el artículo “¿Qué es lo práctico?”, Fuenmayor señala que la cultura tecnológica limita al intelecto al ámbito de los medios y proscribire la reflexión sobre los fines de la acción, por lo cual ésta se reduce a la elección de los medios más óptimos para alcanzar un objetivo dado. A partir de allí propone una definición alternativa de “lo práctico” desde una perspectiva no instrumental. En sus palabras, lo que caracteriza a esta perspectiva es la consideración sobre el carácter trascendente de las acciones, en cuanto a su proyección social y temporal. Esto quiere decir que se debe tomar en cuenta las consecuencias de las acciones para el entorno natural y sociocultural, de un modo no individualista, y contando con el balance entre consecuencias mediatas y no mediatas. De manera que el “sentido práctico” se expresa como una apreciación sobre la posibilidad de trascendencia social y temporal de las acciones.

Por otra parte, si bien es posible que no se pueda cambiar la naturaleza humana sobre el poder, quizá pueda proponerse otras formas de dar significado a las relaciones de poder, con lo cual podríamos atender a la construcción de otra forma de mediación social. Esto último implicaría otra manera de pensar el conocimiento (a partir, por ejemplo, del reconocimiento de otros estilos epistemológicos no necesariamente basados en el control) y, especialmente, en otras formas de organizar y articular las relaciones políticas entre las personas. En la línea de pensadores como Gramsci, podemos reflexionar sobre un modo de las relaciones



sociales en el que el pensamiento y la cultura sirvan para la creación de un sistema hegemónico que recoja las expectativas de las mayorías y las traduzca en estructuras políticas concretas al servicio del bienestar general.

Ahora bien, si el carácter práctico lo proporciona la trascendencia social (colectiva) y temporal (no mediata) de las acciones; y si es necesario construir otra forma de mediaciones que contribuyan a otros modos de relacionarse en términos socioculturales y materiales, según hemos afirmado, es posible que la realización de ambas vertientes dependa de la construcción de proyectos colectivos. El doble carácter de proyección y construcción que estamos planteando puede tomar forma a través de proyectos genuinamente políticos, concebidos como respuesta a la necesidad de proporcionar dirección a la vida en común. Para indagar sobre este punto podemos buscar una referencia en la obra de Oscar Varsavsky. Allí encontraremos un intento de proporcionarle un sentido práctico a la acción colectiva y de construir otras relaciones sociales. Y entonces podremos preguntarnos cómo es la gerencia pública en un modelo como el que propone Varsavsky.

En el caso de Varsavsky, un Proyecto Nacional marca la orientación que tome la producción y la organización social, y las necesidades de esta sociedad determinan los avances de la tecnología y la concepción de la ciencia. Si se sigue un sentido inverso, la ciencia determina el desarrollo tecnológico, la orientación de la producción y el Proyecto Nacional. El primer caso representa una relación idónea dado que el desarrollo de la ciencia responde a los requerimientos y a los valores de una sociedad. El segundo caso representa la adopción del conocimiento como expresión de la voluntad de dominio de Occidente. En el modelo de sociedad que propone Varsavsky, el “socialista creativo”, el marco regulador es el Proyecto Nacional (no el mercado) y el conocimiento se orienta hacia el desarrollo de tecnologías sociales de forma más equilibrada en comparación con el desarrollo de



tecnologías físicas-instrumentales.

En este contexto, la gerencia pública ya no puede definirse como disciplina de control economicista sobre la organización humana. Principalmente, porque los fines de la acción colectiva han cristalizado de antemano en el Proyecto Nacional. Esto proporciona un “sentido práctico” a los fines de la organización social, en términos de su trascendencia social y temporal. Además, el énfasis en los aspectos sociales del conocimiento se proyecta a las dimensiones social, política, económica y cultural de la vida en común, ayudando a estructurarlas en términos de una lógica que ayude a “institucionalizar” relaciones sociales más equitativas en comparación con las que imponen los otros modelos de sociedad.

Conclusiones.

Es notable que para Varsavsky la gerencia continúa siendo una disciplina para el control de la acción humana, ya no en términos economicistas, sino en términos de los planes formulados dentro de la visión de alcanzar el bienestar social. El conocimiento todavía se ve como un medio para el control de la realidad y, por qué no, al servicio de la mediación de las relaciones de poder (aunque con otra intención). Esto nos conduce a reflexionar sobre si será posible desandar el camino andado hacia la instrumentalización de la razón o si el único camino es en la dirección que se erigió con la Modernidad.

De seguro es muy difícil desandar el camino. Si comprendemos la Modernidad en el sentido de la “Cultura Segunda” de la que habla Briceño Guerrero (2007), opuesta a la tradición y en pugna con la comprensión histórica y cultural del hombre, favorable al teoricismo y al instrumentalismo, quizá seamos capaces de imaginar la importancia que posee el conocimiento científico en nuestra época. Autores como



Beriain (1996) afirman que el momento actual es el de la multiplicación de las alternativas de control pero también el de la impredecibilidad de los resultados, por lo cual las elecciones se dan en un contexto de riesgo. Ahora bien, esta afirmación bien puede significar un “espaldarazo” al positivismo que subyace en las disciplinas científicas contemporáneas, en el sentido de que se interprete de que a mayor complejidad de las relaciones entre variables será mayor necesidad de las tecnologías de control. Este es un camino que reconoce las derivas del enfoque pero que al mismo tiempo rechaza cuestionar sus principios epistemológicos.

Desde la perspectiva del objetivismo-instrumentalismo de la cultura científica moderna, donde la voluntad se reduce a “medio” para fines dados (la “voluntad al servicio del racionalismo”), los procesos sociales (como la gerencia) se afirman a sí mismos como disciplinas de control al valerse instrumentalmente de conceptos como “complejidad” y “riesgo”. Desde la otra perspectiva que hemos esbozado, que intenta develar la relación entre el saber y los contextos socioculturales en los que sirve de mediación (la “razón al servicio de la voluntad”), se comprende que este marco pertenece a otro más amplio, que es el de las relaciones de sentido (entre las que tenemos las relaciones de poder). En consecuencia, podemos afirmar que el propósito social de las disciplinas del conocimiento se decide a cada momento, siempre que sea necesario elegir con una orientación colectiva o individualista, y que esas decisiones afecten el significado, los objetivos y los medios de la acción colectiva. La posibilidad de elegir requiere consciencia sobre el carácter de la gerencia como disciplina inmersa en un contexto sociocultural específico, y la misma se encuentra al menos parcialmente en la construcción de proyectos políticos. Pero precisamente ese tipo de consciencia es el que el objetivismo de la cultura moderna intenta suprimir.



Referencias.

Beriain, J. 1996 (Comp.) Las consecuencias perversas de la Modernidad. A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, U. Beck. España: Anthropos.

Briceño, J. M. (2007) El laberinto de los tres minotauros. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores. 2º edición.

David, P. y Foray, D. (2002). Fundamentos económicos de la Sociedad del Conocimiento. Revista Comercio Exterior. Vol. 52. Nº 6. Junio.

Fuenmayor, R. (1993) “¿Qué es lo práctico?”. En Sistemas; pp. 23-26.

Gramsci, A. (1970). Antología. México: Siglo XXI.

Habermas, J. (1971). Knowledge and Human Interests: A General Perspective. En Knowledge and Human Interests (pp. 301-317). Boston, Estados Unidos: Beacon Press, 1971.

Lander, E. (2005). La Ciencia Neoliberal. En Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, 11 (2). Caracas, Venezuela: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

Merton, R. (1973). La sociología de la ciencia. Vol. 2. Madrid, España: Alianza.

Nuijten, M. 2005. “Power in Practice: A Force Field Approach to Natural Resource Management.” En The Journal of Transdisciplinary Environmental Studies 4 (2).



Varsavsky, O. (2006) Hacia una Política Científica Nacional. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

Vessuri, H. (2001.) “De la transferencia a la creatividad. Los papeles culturales de la ciencia en los países subdesarrollados”. En: Ibarra, A. y López, J. (editores). Desafíos y tensiones actuales en ciencia, tecnología y sociedad. Madrid, España: Organización de Estados Iberoamericanos.

Weber, M. (1964). Economía y Sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2003). El político y el científico. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.